

peligro de ser arrastrados por punto de honor, en una lucha calamitosa y que nada podría justificar. — A. GUEROULT.

—El *Siecle* reproduce el artículo anterior, añadiendo que *l'Opinion* es el periódico que más conoce la cuestión mexicana.

—El *Examiner* de Londres publica el siguiente artículo, con fecha 4 de Mayo: "La intervencion europea no ha producido hasta ahora ningun resultado benéfico para México. El gobierno de Juarez, privado de la mayor parte de sus rentas, amenazado por las conspiraciones del partido reaccionario, y obligado á adoptar toda clase de medidas para poder existir, ha tenido que imponer préstamos forzados al comercio. Se asegura que los españoles han sido principalmente víctimas de estos empréstitos. Probablemente el Sr. Juarez piensa que la guerra, segun las reglas de una justicia imparcial, debe ser pagada por aquellas personas que más contribuyeron á traerla. Algun odio podrá haber recaído sobre los jefes del partido liberal, en consecuencia del arresto y ejecucion del general Robles, partidario antiguo de Miramon y corifeo de los conservadores. Debe, sin embargo, recordarse, que fué condenado á muerte con estricto cumplimiento de la ley publicada poco tiempo despues de la llegada de las fuerzas invasoras á Veracruz, y que su aparente severidad se halla justificada por las terribles necesidades de la situación. Ninguno acusa á Juarez ni á Doblado de haber cometido actos de inútil crueldad, desde su elevacion al poder, y viendo que Robles se dirigia al campo de los aliados, cuando fué preso, el gobierno de México se hallaba con pleno derecho para considerarlo como enemigo de su país. El corresponsal del *Times* en México, enumera, con no pocas señales de satisfaccion, las faltas y los errores del presidente y de sus consejeros, y se manifiesta igualmente muy severo con el ministro inglés y el general en jefe de los españoles.

Acusa á Sir Charles Wike de tibieza en la causa de la expedición, y de nimiedad en el cumplimiento de tratados y convenciones. Como el primer resultado de sus negociaciones ha sido la retirada de las fuerzas inglesas del pestilente clima de Veracruz, y sacar á Inglaterra del berengal en que tan apresuradamente se metió, nos inclinamos á considerarlo como diplomático previsivo y capaz. Además, su experiencia de los países hispano-americanos es muy extensa. Sin temor de errar se puede creer, que Sir Charles Wylke

conoce perfectamente el carácter mexicano, y que es juez competente de la más ó ménos confianza que deba darse á las promesas del gobierno mexicano. El general Prim es igualmente mal visto por todos los abogados de la intervencion. Los cargos que se le hacen son muy vagos, y todo lo que podemos sacar en limpio es, que no ha obrado cordialmente con los jefes de la expedición francesa. La verdad es, que el gobierno español que al principio se embarcó en la empresa mexicana con ardor irreflexivo, se encuentra ahora disgustado de ella. Sus tropas han sufrido mucho de la fiebre amarilla, y ya no habla de enviar refuerzos para reemplazar los inválidos llegados á la Habana. España, durante muchos años, ha querido buscar motivo de querrela con México, y debe serle ahora muy desagradable encontrar que ha hecho el papel del perro de agua, y que otro cazador más poderoso debe atrapar el gazapo á que ella tendió los lazos. Parece ahora evidente que las miras francesas en México, solo se obtendrán por una guerra injustificable, y que en oposicion á nuestras esperanzas, el famoso proyecto Maximiliano disfruta grande favor en altas regiones. Es probable que á esta hora los zuavos montan la guardia en el palacio nacional de México, y que las calles de la capital se hallan llenas de grupos de haraganes de pantalones encarnados. Es un misterio lo que pretenden hacer allí. Se dice que van á procurar á los mexicanos una ocasion para que manifiesten sus deseos, relativamente á la forma de su gobierno. Como éstos han mostrado ya repetidas veces sus deseos á este respecto, y declarado de la manera más terminante que lo único que quieren es que los dejen solos; no puede uno ménos de considerar sino como un pretexto este nuevo arreglo. Si el artículo que ha publicado Mr. Chevalier en la *Revista de ambos mundos*, debe considerarse como indicio de la política que el Emperador intenta seguir en México, dirémos únicamente que en nuestra opinion no es practicable ni conveniente. Este distinguido escritor y economista político, que ahora se declara ante el mundo como abogado de la intervencion, ha viajado en México (1) y debe conocer las naturales, y en nuestro concepto insuperables, dificultades

(1) Viajó de Veracruz á la capital, solo estuvo en la República quince dias, y vió á México desde el estribo del coche, segun la expresion del Sr. Tornel.

des que encuentran en su camino los que quieren establecer allí un trono.

La monarquía, sin duda, es muchas veces mejor salva guardia de la libertad en un país viejo, en donde se halla sostenida por tradiciones venerables, y forma una parte íntegra de la forma social gubernativa. Es sin embargo, una institucion que rara vez se logra trasplantar. Un jefe militar puede ciertamente hacerse absoluto en medio de las ruinas de una República naciente; pero el sentimiento de lealtad hácia un rey constitucional, no se puede mandar hacer como un par de zapatos. Un príncipe extranjero en México, como ya hemos dicho otras veces, y como lo admite Mr. Chevalier, tiene que ser sostenido al principio por bayonetas extranjeras, aun cuando sea descendiente del gran emperador de España y de las Indias. El artículo de la *Revista de ambos mundos*, pretende que el soldado frances está seguro de llegar á ser un ídolo popular en cualquiera tierra en que se halle acuartelado; predice que dentro de pocos años el ejército mexicano será fiel al real señor que la Europa le ha regalado bondadosamente, y que el órden y la prosperidad reinarán en el país. Una vez cumplida su mision de paz, las tropas francesas partirian en medio de las lágrimas y tierna despedida de un pueblo eternamente reconocido. ¡Que bella pintura de color de rosa! Si la creyésemos verdadera, aprobaríamos cordialmente la intervencion; pero ¿hay en ella la mas ligera probabilidad de que se realice en uno solo de sus pormenores? Es imposible que un rey extranjero, ignorante de las costumbres y aun del lenguaje de sus súbditos, pueda establecer una autoridad estable. El astuto é imperturbable Santa-Anna y el liberal y sagaz Comonfort, fallaron en esta empresa. Protegido por una guardia extranjera, el soberano podría ciertamente mantenerse en la capital, y con algunas guarniciones en cuatro ó seis puertos, podría reunir algunas rentas. Entre tanto, sin embargo, cada jefe militar en los Estados, que aspiran á la popularidad y al poder, haria su pronunciamiento y levantaria la antigua bandera de la República, con el grito de mueran los extranjeros. Los infortunados europeos que habitan los Estados de la frontera, suspirarian entónces por los antiguos dias de anarquía crónica, cuando á lo ménos la situación no se veía complicada con la presencia de protectores ineficaces; porque dicha proteccion tendria necesariamente que ser nula, excepto la que se diese á los

comerciantes que residiesen dentro del círculo del tiro de cañon de las guarniciones. Las columnas móviles que los franceses organizan bien, harian sin duda mucho, pero tendrian un trabajo muy duro y asiduo para mantener la integridad del reino mexicano. Creemos que el curso de los acontecimientos en los Estados Unidos, traerá al fin una solucion satisfactoria de la dificultad mexicana. El ministro de dichos Estados en México, se afana mucho para persuadir al presidente Juarez, que el gobierno de Washington se halla dispuesto á obrar de la manera mas amistosa con las nacientes repúblicas del continente americano. El mismo ministro Mr. Corwin, declara que se halla convencido de la perfecta legalidad de las últimas contribuciones impuestas á los extranjeros, y recomienda con fuerza á sus compatriotas residentes en México, que las paguen."

El *Morning Herald* de Londres de 5 de Mayo publica el siguiente artículo:

"Los incidentes de la intervencion en México continúan justificando las objeciones que tan fuertemente opuso á ella el conde Russell, y que con tanta perversidad menospreció. Merece el noble lord que le hagamos la justicia de reconocer, que él previó claramente todos los males que podrían resultar de la expedición aliada.

Sean cuales fueren los daños que nazcan de la convencion de que él fué autor, el secretario de negocios extranjeros podrá decir:

"Bien os dije yo lo que debia acontecer," porque su señoría se hallaba "tan receloso como el ministro americano, de la tentativa de construir sobre el cimientito de reclamaciones de deudas y ofensas, un derecho para establecer en México un nuevo gobierno." Su señoría se hallaba convencido de que México era precisamente un país en donde los efectos interiores de la intervencion podrían traer el chasco más severo á sus autores; que las facciones en aquel país eran muy hostiles entre sí, y de un temperamento muy sanguinario, para poder reconciliarlas por medio de una fuerza pequeña, en nombre del órden y de la moderacion." "El gobierno de su magestad, agregó su señoría, era en principio opuesto á intervenir por fuerza en los negocios interiores de una nacion independiente, y creía que no habia caso en que tal intervencion fuese más desesperada que en México." Su señoría comunicó todas estas miras á lord Cowley, nuestro ministro en Paris, y á Sir Ch. Crampton, nuestro ministro en los Es-

tados Unidos, para que las pusiesen en conocimiento de ambos gabinetes, y es muy puesto en razon reconocer la exactitud de sus pronósticos ahora que los acontecimientos han venido á probar lo justo de ellos. Desgraciadamente su señoría solo conoció el mal para adoptarlo. Al paso que indicaba todos los peligros de la intervencion, se esmeraba en llevarla á efecto. La expedicion tripartita que está produciendo frutos tan amargos, es obra de sus manos, y si le damos crédito por haberlos conocido de antemano, merece que igualmente se lo demos por haberlos producido. La verdad es que su señoría se lisonjeó de poder cortar las alas de Francia y España por medio de ciertas estipulaciones astutamente inventadas. Con aquella confianza en su propio génio, que nunca le abandona, se imaginó que podia engañar á sus aliados, manejándose de modo que éstos emprendiesen á su costa una campaña que asegurase á la Inglaterra todo lo que ésta deseaba. Si su señoría no se hallase poseído de una desordenada admiracion de sus propias habilidades, debió haber conocido que una vez desembarcada la expedicion, tendrian Francia y España multitud de pretextos para romper las telas de araña de su señoría. El gobierno frances ni aun siquiera finge pagar el más ligero respeto á los artículos de la convencion.

El Emperador ha aprobado la propuesta del general Almonte, de colocar á un príncipe extranjero en el trono de México. Monsieur Chevalier asegura, con autorizacion del emperador, que Francia, como cabeza de la raza latina, está destinada á efectuar la regeneracion de México, y se anuncia sin ningun disfraz, que solo una paz dictada en la capital satisfará las exigencias francesas. En tales circunstancias, ¿qué es lo que intenta hacer el conde Russell? ¿Nos hallamos en paz ó en guerra con los mexicanos? Por desgracia solo nos vemos representados en México por Sir Ch. Wyke. ¿Debe acaso considerarse la presencia de este diplomático como conclusion de que Inglaterra entra en el número de los beligerantes? Porque tanto Francia como España se declaran hoy como tales. Si el gobierno mexicano quiso creer á los plenipotenciarios, porque así tal vez le convino cuando éstos le aseguraron que el desembarco de las fuerzas aliadas era únicamente una señal de amistad á México, no mirará ciertamente de la misma manera la marcha del general Laurencez sobre la capital, marcha que si se ha verificado habrá hecho correr alguna sangre, porque

aun cuando se suponga poco valor en los mexicanos, se hallaban ciertamente muy animados contra los invasores, y el general Zaragoza se ha de haber visto obligado por su propia salvacion, á oponerse al paso de los invasores. ¿Considera el conde Russell este movimiento de los aliados, como incluido en los términos de la convencion? El objeto de la Francia y España es intervenir en los negocios interiores de una nacion independiente, y su señoría, en union de sus colegas en el ministerio, son contrarios á dicha intervencion, creyendo que el final resultado de ella será fatal. Dejar á Sir Ch. Wyke en el campo aliado en tales circunstancias, es absurdo, porque una de dos: ó protesta contra todo lo que hagan sus colegas, y entónces su posicion era extremadamente ridícula, ó tiene que empeñar á Inglaterra en actos que su gobierno ha declarado del todo injustificables. Si juzgásemos por lo que dicen algunos diarios que defienden al ministerio, éste parece resignado á tragar píldoras humillantes, á aceptar de Francia la ley que él creyó imponerle, y á ser parte del trio que debe *presidir impasible*, (segun la expresion de los plenipotenciarios en su asombrosa proclama) sobre aquel glorioso espectáculo de regeneracion mexicana. Nos inclinamos á creer que dichos periódicos no contienen las verdaderas intenciones del gobierno. Convenimos con el conde Russell, en que la intervencion es injustificable, y que su término será fatal. Aprovechémonos de las pretensiones de nuestros aliados para safarnos de una empresa en que nunca debemos haber entrado. Si Francia y España logran sus intentos, y establecen un gobierno que dé "seguridad en el interior y garantías en el exterior," se hará justicia á las reclamaciones de los súbditos ingleses y no enviaremos la gloria que pudieron ganar los vengadores. Si se llevan chasco, como creemos será el caso, esta insostenible é indiscreta intervencion en los derechos de una nacion independiente, pese únicamente sobre los gobiernos que insistieron en llevarla á efecto, y soporten ellos solos la pérdida y la vergüenza.

No hay en el trato dado por los mexicanos á los extranjeros nada que justifique el atentado de imponerles un yugo extraño. Los extranjeros que residen en México no han sido tratados con exclusiva severidad de la ley, y si han sufrido algunos ultrages del sentimiento popular contra ellos, deben atribuirlos enteramente á la manera con que varios de ellos se

han mezclado en las contiendas del país, y á haberse aprovechado ellos mismos de su calidad de extranjeros para desobedecer al gobierno. Es un absurdo hacer un cargo al gobierno mexicano por haber decretado últimamente algunos impuestos sobre el capital. Ninguno puede negar á Juárez y sus ministros el derecho de defender al país contra el ejército invasor, y en consecuencia, el derecho de hacer uso de todos los medios en su poder para aquel objeto. Los extranjeros que se establecen en México deben soportar los mismos males que los mexicanos, y no tienen ningun derecho á hacer valer su calidad de franceses é ingleses, para verse libres de los cargos impuestos por las autoridades sobre la generalidad de los ciudadanos, ni para obtener el pago de deudas que ellos compraron á 10 p<sup>o</sup> de su valor. Por lo que hace á las molestias que sufren actualmente los extranjeros en México, ellos mismos se las han procurado, porque hace largo tiempo que han estado reclamando la intervencion de sus respectivos gobiernos, y ahora deben ellos pagar necesariamente lo que costare el resistirla. No podemos condenar al gobierno mexicano por oponerse á la invasion. Hace largo tiempo que los mexicanos no habian hecho una cosa que los recomendase como ésta. Dudamos que sean tan crueles y cobardes como se dice; pero aun suponiendo que lo sean, la union que han manifestado en esta resistencia, es ya un progreso, y no cabe duda ninguna, apesar de todas las relaciones oficiales del *Monitor* de Paris, que el sentimiento del pueblo es decididamente opuesto á una regeneracion bajo la superintendencia de franceses ni españoles. Hay sin duda individuos adictos á la invasion, como el general Robles, que habiendo entrado en comunicacion con los franceses, fue preso y ajusticiado, y como el general Almonte, que ha andado buscando un príncipe para que ocupe el trono mexicano; pero la masa del pueblo no está por el dominio extranjero; prefiere su anárquica independencia, y los franceses no recibirán de dicha masa ninguna ayuda. Nosotros no dudamos del inmediato triunfo de la expedicion. Es probable que á la hora en que escribimos estos renglones, el general Laurencez ocupe la ciudad de México. Pero ¿qué hará allí? Puede convocar al pueblo del distrito en que dominan sus armas y representar la farsa de un *plebiscito*, y puede coronar á un rey muñeco; puede hacer tratados con aquel rey para la proteccion de los exiranjeros

y para el pago de deudas; pero las garantías del ejército de ocupacion serán los límites del reino del monarca. Los Estados distantes le obedecerán tanto como han obedecido estos últimos años á Miramón; y en el momento en que se retire la guarnicion francesa, un *pronunciamento* dará á conocer á su majestad la benevolencia de sus nuevos súbditos. Si el gobierno frances intenta realmente regenerar á México, debe prepararse á hacer sacrificios dobles de los que ha hecho en Algeria, y encontrará resultados igualmente nulos, si es que logra verlos, de lo cual hay poca probabilidad, á ménos que la guerra civil de los Estados Unidos no termine con la ruina, tanto del Norte como del Sur.

—De Paris escriben al "Clamor Público" de Madrid con fecha 21 de Abril, los siguientes edificantes pormenores sobre el periodismo frances.

"La *Patrie*, periódico independiente, como diputado cunero, ó como cierto diario de Madrid, que fué engendrado en la Habana, y que recordando su origen y los desembolsos que costó á algunas personas que no podian creer que viniera á parar en instrumento de un partido, debiera abstenerse de censurar que "El Clamor Público" apele á la amistad de sus correligionarios políticos, más consecuentes que los altos protectores del indicado diario; "La *Patrie*," digo, se irrita y enfurece por que los periódicos no reconocidos por oficiosos, no celebran con himnos y hosanas la guerra de México.

Antes de pasar más adelante, permítanme vdes. una digresion que no desagradará á los lectores de "El Clamor," pues á ellos y á todos conviene conocer lo que es la imprenta periódica en Francia en el año de 1862. Vdes. habrán notado que cuando acabo de hablar de algunos periódicos, los llamo ménos oficiosos y no independientes. La razon es muy fácil: no les doy el dictado de independientes porque en Francia, dígame lo que se quiera, no hay uno que lo sea; todos en mayor ó menor escala dependen del gobierno. Pero aquí sucede que, como en otras muchas cosas, se obra de una manera más razonable, y salvando mejor las apariencias que en nuestro país. En España, cuando el gobierno gana á un periódico de oposicion, le dice: "aquí tienes el incensario y el incienso en abundancia; quema éste, y mueve aquel á diestro y siniestro, hasta que con el humo ahogues á los ministros y hasta á los ministeriales, y á cuantos se hallen á cien

leguas de distancia, si tienen alguna relación con el gobierno."

En Francia el gobierno tiene más talento, y se limita á decir á los periódicos que gana, y hoy, repito, los tiene ganados á todos: "tal cuestion no la tocarás, tal otra la tocarás aparentando que estás aún en la oposicion; pero sin pasar de tales límites; tal otra podrás ventilarla con entera libertad;" y así con todas. Ya vdes. conocen que este sistema es un poco más prudente, ya que no más moral, políticamente hablando, y produce la gran ventaja de hacer que los periódicos, aparentando una independencia que están muy lejos de tener, conserven su popularidad y sus numerosos suscritores. Estos, si vieran que el diario de sus simpatías, de su oposicion, si hemos de hablar con propiedad, abandona de repente la marcha seguida, y en vez de asafétida ó azufre es parece incienso á nubes, huirían todos y sucedería á los periódicos creídos de oposicion, lo que acaba de acontecer al "Ami de la religion," que habiendo olvidado de repente las reglas de la conveniencia, y empezando á moverse sin reparo por el campo bonapartista, de que ántes estaba alejado, se ha visto acometido de inanición, y morirá de tisis *suscriptoral*.

Hecha esta digresion, y levantando la punta de la manta que encubre el pastel del periodismo frances, volvamos á "La Patrie," que hemos dejado bramando de furor porque el "Siècle," la "Presse," el "Temps," el "Journal des Debats" y algun otro no se entusiasman con la guerra de México, y con la estupenda idea, el pensamiento sin par de elevar un trono en aquella trabajada República, y colocar en él al archiduque austriaco Maximiliano. ¿Y cómo quiere "La Patrie" que esto hagan sus colegas, menos officiosos que ella? Esto es pedir demasiado, es pedirles que choquen de frente con la opinion pública, que dice á voz en grito: "si los mexicanos nos han ofendido (la opinion pública no asegura que así sea) enhorabuena que les pidamos una satisfaccion, y que les obliguemos á que nos la den; pero ¿con qué derecho vamos á imponer un rey á otra nacion, nosotros que hemos guillotinado á uno, que hemos destronado á muchos, y que hemos hecho emperadores invocando el principio de la soberanía nacional, y que ni admitimos el de intervencion, ni sufrimos que ningun extranjerio viniera á imponernos ningun gobierno? ¿Por qué hemos nosotros de ir á derramar nuestra sangre y á gastar nuestros cauda-

les, cuya falta nos obliga á sufrir nuevos impuestos, para entronizar á un archiduque que ni tiene nuestras simpatías ni llegan á una docena de mexicanos los que saben que existe? ¿Por qué hemos de tener á nuestros soldados empleados en sostener un trono que desaparecerá el dia que nosotros nos retiremos de México, donde mientras permanezcamos con este objeto, lo único que conquistaremos serán los ódios que nos valió en España la restauracion del absolutismo en 1823, pues los mexicanos no nos verán con mejor ojo que los españoles entónces, y que vimos nosotros á los ingleses, belgas, bávaros, austriacos, etc., que despues de Waterloo nos trajeron al gotoso Luis XVIII? Y como esto dice á voz en cuello la opinion pública, y temen que los considere como tráfugas descarados "La Presse," "El Siècle," "El Journal des Debats," "La Opinion Nationale," "El Temps," no pueden complacer á "La Patrie," que tiene que limitarse á recibir el apoyo de los periódicos abiertamente officiosos.

Sin embargo, la opinion pública no será la que venza, sino el general Laurencez, que cumpliendo las órdenes del emperador, irá á México y allí dejará que Almonte represente la gran comedia "Un trono austriaco en México," tras la cual vendrá el sainete "El Ministerio de la Union servil burlado por su aliado," y algunos años despues la tragedia, "La caída de Maximiliano I, ó la revolucion de México, y algunas otras que deseo que Dios no permita."

—"La Epoca" de Madrid inserta la siguiente carta que D. José Hidalgo dirige á D. Francisco Arrangoiz, el de la *gota de agua*, haciendo curiosas revelaciones sobre el complot en que ha tomado parte para traer á Maximiliano. De esta carta aparece que la trama empezó bajo el gobierno de Santa Anna. Tal vez el ex-dictador y sus ex-ministros tengan algo que decir sobre esta carta. Héla aquí:

"Mi muy estimado amigo: Hace cuatro dias tuve el gusto de recibir su carta de vd. del 10. En ella me dice vd. que tiene motivos para asegurarme, que la España no apoyará jamás la candidatura del archiduque Maximiliano para el trono de México, y que sabe vd., sin que le quede duda de ello, que lo que España veria conforme á sus deseos es, que se propusiese un príncipe español ó que las cosas se llevasen de manera que se pensase en un príncipe que pudiera enlazarse con la familia de S. M. la reina Isabel.

Idéntica declaracion me ha hecho espontáneamente, valiéndose de un amigo, una de las personas más conocidamente adictas al ministerio O'Donnell.

Como la cuestion de México, elevada ya por fortuna á cuestion europea, preocupa grandemente los ánimos y está dando lugar á tan diversas apreciaciones, asociando á cada paso la personalidad, por modesta que sea, de los que notoria y constantemente nos hemos ocupado de este asunto, voy á aprovecharme de la ocasion con que se me brinda para tratar con alguna extension este grave asunto.

Pero ántes de discurrir acerca de lo que presentemente acontece con él, he menester y ha de permitírseme escribir algunas líneas sobre lo ocurrido en este negocio desde el punto y hora en que, afiliado al partido monárquico, empecé á trabajar en favor de la intervencion europea en México.

Hallándose el general Santa-Anna en la plenitud de su poder en 1854, como que acababa de ser facultado por la nacion para darla la forma de gobierno que creyese más conveniente, pidió á la Europa el establecimiento de la monarquía en México con un príncipe de estirpe real. Confió tan delicada mision al Sr. D. José María Gutierrez Estrada, que tan valientemente habia iniciado en 1849 este pensamiento salvador; y este caballero, que conocia ya mis ideas políticas, me honró pidiendo al gobierno quedase yo á sus órdenes secretamente, para lo cual se me nombró secretario en Madrid.

Debo consignar aquí que entónces se deseaba un príncipe español, y que se ofreció la corona al infante D. Juan, no maleado todavía. Coincidió con mi viaje á Madrid la revolucion de 1854, luego vino la guerra de Crimea, y al año siguiente cayó del poder el mismo general Santa-Anna, lo cual dió punto por entónces á esta negociacion.

En 1857 la ruptura de las relaciones entre España y México nos hizo creer á todos en una guerra de venganza. Quería mos hacerla provechosa, pidiendo tambien á la Francia su intervencion, para que de acuerdo ambas naciones, salvaran la nacionalidad de México; pero las cosas tomaron luego otro aspecto, y se desistió de llevar la guerra á aquellas regiones. Hasta entónces yo habia sido, con sumo gusto mio, un mero ejecutor de los pensamientos que me trasmitia desde Roma el Sr. Gutierrez; pero habiendo venido á Francia en 1857, tuve la honra y la suerte de

tomar más de una vez la iniciativa en las coyunturas que se me presentaban para abogar por nuestra idea favorita.

En París pude conocer por mí mismo cuán grande y sincero era el deseo del emperador Napoleon por hacer algo en favor de México, pero su política no le permitia apartarse de su propósito de obrar en las cuestiones de América de acuerdo con la Inglaterra. Esta nacion, que no ha hecho nunca nada que pueda desagradar á los Estados Unidos, se negaba rotundamente á contribuir al término de la sangrienta anarquía en que estaba sumergida la República mexicana. El emperador oia con bondad suma los votos y los ruegos de los mexicanos, que tanto esperaban de su poder y sabiduría; pero en la lealtad de su política estaba no lisonjear nuestras esperanzas.

Hubo momentos en que llegamos á perder las de salvar la nacionalidad mexicana, y eso que dos gobiernos seguidos de México tuvieron el patriotismo de pedir, aunque en vano, que la Europa les tendiese una mano salvadora. Callamos ya los que gestionábamos en este sentido, no quedándonos sino el grato recuerdo y la imperecedera gratitud de la benevolencia con que el emperador Napoleon y el gobierno Español habian oido nuestras súplicas y nuestras esperanzas.

Vamos á la cuestion presente. Los horrosos acontecimientos que tuvieron lugar en México el año anterior, y los escándalos del gobierno demagógico, acabaron con la paciencia de la Europa, que se decidió á enviar sus escuadras y sus ejércitos. Los que con tanto ahínco y buena fé habiamos clamado por esa intervencion, como *único* medio de salvacion, vimos renacer nuestras esperanzas, y olvidando todos los sinsabores y ruines venganzas que esos deseos nos atrajeron, empezamos á trabajar con el ardor propio de nuestra conviccion y de nuestras sanas intenciones. Comprendimos, como todos lo comprendieron, que restableciendo los ejércitos europeos el orden y la tranquilidad material, toda la gente de valer, toda la gente pacífica que se veia libre de los atropellos del bando demagógico, habia de manifestar su opinion acerca de la forma de gobierno que convenia á México. La verdadera opinion del país nos era bien conocida por los idénticos deseos de los tres gobiernos que habian pedido la intervencion europea, y por los clamores constantes de la gente de bien, que hacia ocho años no mi-